

Capitalismo y egoísmo

aparentemente colectivizados. Años más tarde, en *La sociedad imperfecta* (1969), reiteraba la misma tesis aun con mayor énfasis. Entonces escribía:

... la burocracia del Partido ha ido ocultando, bajo un barniz de ostentosa probidad y equívoco legal, su auténtica naturaleza de propietarios, que es codiciosa y predatoria. (Énfasis agregado).

Assar Lindbeck, el destacado economista sueco, ha puesto en tela de juicio la habitual distinción **unidimensional**, según su propia terminología, entre los sistemas económicos, basado por ejemplo sólo en la naturaleza de la propiedad, o sólo en el método de asignación de los recursos escasos. En lugar de ello ha propuesto una distinción basada en una pluralidad de dimensiones distintas (**Sistemas económicos y política asignativa**, ed. esp. 1977). Ellas incluyen los **incentivos económicos** tanto a nivel de empresas como de individuos, y el **grado de competencia**, nuevamente sobre uno y otro nivel. En una comparación de la URSS con Suecia, Lindbeck muestra que los incentivos económicos operan mucho más intensamente, en este país que en aquél a nivel de empresas, pero estima que lo hacen en el mismo grado en ambos sobre el plano de los individuos; y considera que la competencia es más aguda entre los individuos en la URSS que en Suecia, aunque la relación es la inversa entre las empresas.

En síntesis, pues, el papel del impulso adquisitivo es ciertamente importante en los países de la órbita soviética, según un conjunto de testimonios que sería fácil ampliar. El enfoque no abarca tal vez todos los países que pudieran excluirse de la clase de los capitalistas, pero es improbable que nadie quiera argumentar que existen efectivamente otros Estados donde el impulso adquisitivo, y consiguientemente los incentivos económicos, hayan dejado de conservar vigencia.

Finalmente, voy a atreverme a complementar este análisis con un enfoque a partir de un par de concepciones del hombre, la marxista y la cristiana, confiando en que podrá mostrar que ninguna de ellas nos conduce a esperar que los sistemas económicos que la historia nos ha mostrado, nos muestra y nos mostrará, hasta una etapa que podríamos llamar

(pasa a página 22)

Voy a referirme en este artículo y el próximo a dos tesis gemelas, que atribuyen sendas manchas morales al capitalismo y al liberalismo, por basarse el primero —un sistema económico— en el egoísmo de los agentes, y al segundo —una doctrina— por condenar las bases egoístas de aquél y no proponerle correctivos.

Voy a ejemplificar esas tachas éticas citando de las cartas del P. Pérez Aguirre y del Dr. Sayagués Areco, aparecidas en *Búsqueda* hace dos semanas.

El primero se refiere a ciertos economistas que "niegan que el capitalismo es un sistema condenable porque funciona sobre el egoísmo", mientras que, de hecho, el funcionamiento del sistema muestra que hay al menos proximidad entre el concepto económico de beneficio y el concepto ético de egoísmo. (Énfasis agregado).

El segundo expresa que la Iglesia condena al liberalismo económico porque, entre otras razones "asimila el trabajo humano, particularmente el asalariado, a una mercancía más... ignorando la dignidad propia de todo trabajador honesto".

Se me ocurre que una doctrina que considera que el trabajo es una mercancía como cualquier otra traduce con ello su premisa de que los seres humanos como tales no son en sí mismos fines, sino que pueden ser, y algunos de hecho son, medios, y cuando son tales —precisamente los muchos, la gran mayoría, la masa de los trabajadores— sólo cabe pensar que lo sean para el enriquecimiento o el disfrute sensual de otros seres humanos, éstos sí en sí mismos fines —los pocos, ínfima minoría de los capitalistas— y se me ocurre aún que semejante cohesión del egoísmo es de magnitud tal, que difícilmente podría ser igualada.

El primero de dichos correspondientes se acerca mucho al tema del segundo cuando dice "por muy científico que se sea... no se puede hablar de hambrientos como se habla de una partida de transistores con cual defecto de fabricación!". Encuentro en este pasaje de su carta estímulo para pensar que ambos están tratando de temas recíprocamente muy vecinos.

Vale la pena detenerse un instante a distinguir la condena de la doctrina de la condena del sistema.

Consideremos la proposición "**X es un sistema económico que se fundamenta en el egoísmo**". Sus implicaciones éticas son totalmente distintas si afirmamos que la proposición es verdadera (i) si X es un sistema cualquiera, o uno cualquiera de los sistemas conocidos, o ensayados hasta ahora, o, alternativamente, (ii) sólo si X es el capitalismo. En el primer caso apenas estaríamos afirmando de manera indirecta que el hombre es un ser egoísta, y que, comprensiblemente, deja su impronta de tal en todas las instituciones que deliberadamente crea, o que resultan de su espontáneo actuar. En el segundo, la condena ética podría recaer sobre el sistema como tal.

Ahora bien, supongamos que el liberalismo fuera una doctrina entre cuyas enseñanzas se encontrara la aprobación del capitalismo. Como es obvio, también aquí interesaría la distinción que hacíamos hacia un instante. En el segundo caso, es significativo que el liberalismo estaría optando por un sistema basado en el egoísmo, pudiendo hacerlo por otros que no tuvieran esa mácula moral en sus bases. Pero aún en el primer caso —todos los sistemas se basan en el egoísmo, en el espíritu adquisitivo, en la avaricia, porque son un reflejo de los hombres que los han generado— la doctrina que exaltase el egoísmo o glorificase la avaricia, al punto de mirar al trabajo como a una mercancía semejante a cualquier otra, y por tanto que la satisfacción del apetito adquisitivo de una élite justifica tratar a la mayoría de los seres humanos como simples medios, se haría de todos modos merecedora de una reprobación moral independiente del juicio sobre el sistema al que se afilia.

Estamos, pues, plantados ante dos cuestiones diferentes. Primero, ¿qué papel desempeña el egoísmo en los distintos sistemas económicos? En los conocidos, y —de paso— en los por conocer. Y, segundo, ¿qué postura adopta el liberalismo económico ante el egoísmo? ¿Lo acepta? ¿Llega a exaltarlo, o alabar, a glorificarlo? ¿Hasta el punto de aceptar que los hombres como tales no son fines en sí mismos, un postulado esencial del liberalismo filo-

sófico?

Pienso que hay buenas razones para sostener que el asentarse el capitalismo sobre el propósito adquisitivo de los agentes no constituye una peculiaridad de este sistema, sino una característica que él posee en común con los demás sistemas que en el mundo han sido, desde que la aurora de las civilizaciones despuntó allá por el milenio A.C.

Sobre la imputación dirigida al liberalismo las cosas son distintas. No cabe ya decir que al respecto pienso tal o cual cosa, sino que se trata de imputaciones falsas.

Es sobre manera fácil demostrar esto último, porque el sujeto de la proposición "El liberalismo encomia el egoísmo" o de la proposición "el liberalismo tiene al trabajo por una simple mercancía, igual a todas" es una escuela cuyo contenido está materializado en libros. Por más que los libros sean numerosos, considérese cuanto más fácil resulta decidir si ese conjunto de obras bastante bien delimitado, claramente finito, contiene o no loas a la avaricia, o juicios sobre el trabajo humano que implican su asimilación a objetos materiales, en comparación con el problema de resolver si el conjunto prácticamente infinito de los agentes que han hecho funcionar todos los sistemas económicos a través de la historia merecen o no el calificativo de egoístas en grado aproximadamente semejante, y si el comportamiento de esos agentes de cada sistema en tanto que tales se ha hallado o no influido por tal actitud de manera significativa.

Voy a proponer ahora a los lectores que acepten como conclusión que el capitalismo carece de singularidad en tal aspecto, en base a las razones que seguidamente se exponen.

En primer término invocaré la autoridad de Max Weber. En su obra maestra —*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, 1904-5—, el notable sociólogo y filósofo de la historia escribió:

"El impulso hacia la adquisición y la búsqueda de la ganancia, del dinero, de la mayor cantidad de dinero posible, no tienen nada

que ver, en sí mismos, con el capitalismo. El impulso existe y ha existido entre camareros, médicos, cocheros, y artistas, entre prostitutas y funcionarios venales, entre soldados, nobles y cruzados, tahures y mendigos. Puede decirse que él ha sido común a todos los hombres de todas las clases y condiciones en todos los tiempos y todos los países de la Tierra, dondequiera se hayan dado para él las condiciones objetivas".

Weber continúa desarrollando la idea de que el espíritu del capitalismo consiste más bien en una **atemperación racional** del impulso adquisitivo, pero eso está en realidad más allá de lo que aquí se quiere demostrar.

En segundo lugar, deseo presentar a testigos que han tenido experiencia directa de la vida en regímenes socialistas o han hecho sobre las condiciones de esa vida estudios sistemáticos. Quiero destacar que esos testimonios nos hablan de una vigencia sumamente intensa de los incentivos económicos en tales regímenes. R. Medvedev, el mismo marxista-leninista, por más que disidente respecto de la jerarquía partidaria soviética, afirma que la relación de ingresos entre un obrero medio y un alto funcionario, tomando en cuenta todos los pagos que integran el sistema, puede llegar de "1 a 40, 1 a 50, y para algunos funcionarios aún de 1 a 100". (*Que la historia juzgue*, 1971, cap. XV). Medvedev ve esta diferencia de ingresos, que sería insólita en Occidente, como una desviación estalinista de los principios de Lenin. M. Dijas, que fue el segundo, debajo de Tito, en la jerarquía comunista yugoslava, expresa en la *Nueva clase* (1954), el primero de los libros sobre la realidad oculta detrás del mito comunista, y el que le valió sus primeros años en la cárcel, que los privilegios de alto funcionariado del Estado y el Partido tiene causas mucho más profundas que la desviación de un dirigente o de la insania de un tirano. Para él no es ni más ni menos que la consecuencia del surgimiento de una nueva clase social en los regímenes comunistas, que es la verdadera dueña de los medios de producción, sólo

OPINION Y ANALISIS

(viene de pág. 2)

Capitalismo y egoísmo

escatológica, prescinda del impulso adquisitivo, o egoísta, de los agentes.

Esto es particularmente sencillo a partir de la antropología marxista. El marxismo atribuye al afán adquisitivo un papel central en la dinámica de la historia. Por tal debemos entender el proceso de cambio que tiene la misión de conducir a la humanidad desde su punto de partida prehistórico, el comunismo primitivo, o inicial, bucólico pero incapaz de progreso, hasta su meta escatológica, el comunismo terminal, por así llamarlo en contraposición con el primero. En ninguno de los comunismos el afán de lucro ni la posesividad desempeñan papel alguno. En cambio sí lo hacen a lo largo del camino que los separa. El punto de partida es asimilable al surgimiento de la propiedad privada a la vez que ésta da nacimiento a las clases sociales, y a su recíproco antagonismo que en adelante signará la historia, pone en marcha un proceso de creciente dominio del hombre sobre su *habitat* natural, en el cual los incentivos económicos desempeñan una función decisiva. El espíritu

adquisitivo también juega un papel protagónico como agente motor en el proceso dialéctico por el cual la humanidad avanza hacia el *climax* de la revolución proletaria.

En ninguna de las etapas es el influjo de los intereses individuales tan fuerte como en la etapa burguesa, pero su influencia sólo desaparece en los comunismos, como declamos hace un instante. En particular, se mantiene en la etapa transitoria siguiente a la instauración de la dictadura del proletariado, que a veces los marxistas designan como *socialismo*. Así como el Estado perdura en esta fase transicional, siendo así que su misión específica de asegurar el dominio de una clase sobre el resto de la sociedad ya se ha vuelto obsoleta, lo mismo los individuos no han superado aún la concepción de la vida centrada en fines que les atañen personalmente, o que se circunscriben a sus ámbitos familiares. Por ello el criterio de distribución se orienta en función de la contribución de cada individuo al producto social ("a cada cual según su

trabajo") mientras que en la fase definitiva o comunista los incentivos económicos se marchitan, y desaparecen junto con el Estado ("a cada cual según sus necesidades").

Me parece que no interpreto infielmente la doctrina marxista si digo que ella no pronostica la aparición de agentes dispuestos a aplicar sus esfuerzos en beneficio de la comunidad, sin otra consideración que la derivada de su propia participación en ella, es decir, sin tomar en cuenta su interés personal, mientras antes no hayamos asistido, o estemos al menos simultáneamente asistiendo, al marchitarse y desvanecerse del Estado que Marx profetizó como culminación del proceso histórico.

Ya que nada en ninguno de los países en que los marxistas gobiernan nos ofrece la más tenue indicación de que allí el Estado esté marchitándose, y menos aún desvaneciéndose, creo que debemos estar todos acordes en que las sub-etapas de la transición hacia el comunismo aún por transcurrir en el futuro previsible, en aquellos países y en otros que adopten de aquí en adelante una planificación centralizada al estilo soviético, no estarán caracte-

rizadas por una acción humana generalizadamente movida por fines altruistas. Ello, como el contexto debe hacerlo obvio, desde el propio punto de vista marxista.

Lo propiamente antropológico en este enfoque consiste en la relación de causalidad entre la conformación del hombre y su entorno material. En el marxismo los cambios en las relaciones de producción, básicamente determinados por la tecnología, determinan las modalidades de la sociedad en todos los aspectos, incluso culturales, y por lo tanto éticos. Las actitudes de los agentes dependen de aquella *infraestructura*. Cuando ésta cambie en el sentido de suprimirse la propiedad privada, y desaparecer por tanto las clases sociales, las actitudes del individuo enfiladas hacia sus propios fines personales quedarán perimidas, y otro tanto acaecerá hacia las construcciones éticas que coonestaban el egoísmo. Todo esto, sin embargo, es algo que debe entenderse referido al fin de los tiempos.

Si pasamos a la antropología cristiana, la diferencia que se destaca concierne la presencia en el ser humano de un plano subyacente al psíquico-cultural, el plano espiritual, que no aparecía en

la concepción marxista y que constituye —si se me permite retener por un momento las categorías que venía usando— la *infraestructura* del sistema. Allí es donde transcurre una lucha dialéctica, ahora entre el pecado y la gracia.

Me remito a la exposición sobre San Agustín de K. Jaspers (*Los grandes filósofos*, t. II, 1957).

"El hecho concreto de la condición humana se refleja en el mito, elaborado dogmáticamente... (Este) es como sigue: El pecado original, la condición corrupta del hombre... es consecuencia de la caída del primer hombre. La corrupción del linaje humano causado por Adán es anulada por Cristo... Se da así esta secuencia en el tiempo: estado primitivo-caída del primer hombre...redención.

El estado de pecado original es parte de este mundo, el lugar de la redención es el más allá. (Enfasis final, agregado).

Conforme a ese enfoque, la superación efectiva del pecado original, la cosecha plena de los frutos de la Redención, vienen con el fin de los tiempos. Entretanto, las actitudes del hombre en sociedad, y las instituciones consiguientes, reflejan la constitución moral del ser caído, sólo potencial-

mente redimido, que es el hombre. La historia no nos muestra otra cosa, ni no es lícito preverla con grado alguno de certidumbre es el futuro antes de la consumación de los tiempos.

A la vez, la confrontación dialéctica entre la gracia y el pecado continúa. Su significación en el plano individual ha sido por lo general más claramente perceptible para los observadores que en el plano de la vida social, de la historia y las instituciones. En todo caso, lo que no debería estar abierto a discusión es la dirección de la causalidad desde el punto de vista cristiano. Como en el marxista, esa dirección parte de la *infraestructura*, pero ahora la *infraestructura* reside en el espíritu. La revolución pertinente dirime una conversión, un morir el viejo Adán y renacer a la gracia. En que medida ésta pueda alcanzar una masa crítica desde una perspectiva social, que la haga relevante como fuerza histórica es difícil de discernir. Lo cierto, de todos modos, es que la revolución meramente externa, o de fuera hacia adentro, la empresa de inaugurar el *Romo novus* cambiando las instituciones, debe verse, desde esta perspectiva, como flagrantemente descaminada.